

Espacio y sociedad en Mallorca¹

por ALBERTO QUINTANA

1. EL MARCO TEÓRICO DE LA GEOGRAFÍA

Desde hace unos decenios viene produciéndose en el seno de la Geografía una auténtica revolución conceptual y metodológica,² que hoy ha entrado ya en una fase de madurez y, creo, de plena estabilidad. Tal transformación vino motivada por el deseo —acertado en los geógrafos que accedieron a primer plano en torno a 1955— de desprenderse de los lastres que nuestra ciencia arrastraba como consecuencia de su peculiar origen. En efecto, así como otras ciencias positivas se independizaron del cuerpo general de conocimientos heredados de la Antigüedad clásica ya en los primeros tiempos de la Edad Moderna —la física, por ejemplo—, la Geografía, desde Herodoto hasta el siglo XIX, permanece en una confusa nebulosa junto con la Historia y las ciencias naturales, de las que a menudo no se distinguía. Dos fueron las consecuencias de esta especial situación para la estructura metodológica de la Geografía. En primer lugar, se la concibe como una ciencia excepcional, precisamente por ser en último término una ciencia humana pero utilizar datos aportados no sólo por otras ciencias humanas, sino por las ciencias de la naturaleza; según esta concepción la geografía utilizaría, desde su privilegiado puesto, las aportaciones y los resultados de otros campos de investigación para

¹ El presente texto constituyó, sin variaciones esenciales, la lección inaugural del curso académico 1974-75 de la Organización de Escuelas del Mediterráneo, de Palma de Mallorca, que dicho centro encargó al autor y que fue pronunciada en el acto oficial de apertura el día 15 de noviembre de 1974. El contenido presenta algunas hipótesis y líneas de investigación que el autor está desarrollando en su tesis doctoral, en curso de elaboración, sobre "El sistema urbano de Mallorca". En la versión del artículo que ahora se presenta figuran notas y aparato bibliográfico que, por razones obvias no se incluyeron en la lección oral.

² Puede estudiarse más ampliamente esta transformación en las publicaciones de Paul Claval y Juan Vilá, que figuran con los n.º 7 y 21, respectivamente, en la bibliografía final.

realizar así la síntesis final. El geógrafo, único ser en el secreto de todos los demás, sería el único profundo conocedor de la realidad, ya que los otros especialistas sólo conocerían los mecanismos de su limitado campo científico. La segunda característica está estrechamente vinculada a la anterior y consiste en el marcado carácter descriptivo de nuestra ciencia. La geografía tradicional, en efecto, renunciaba a la búsqueda de leyes y de generalizaciones con valor universal para hacer de cada hecho u objeto por ella estudiado un caso único, irrepetible. La geografía, de este modo, llegó a ser una voluminosa enciclopedia en la que se acumularon datos y descripciones más o menos interesantes, pero de carácter precientífico.

Contra estos dos supuestos doctrinales ha venido a levantarse la que ya se conoce con el nombre de "Nueva Geografía". Contra este carácter idiográfico, puramente acumulativo y descriptivo, reivindicando la necesidad de formular hipótesis y teorías, elaborando conceptos y leyes que pretenden ser de aplicación general. Contra el carácter excepcional, afirmando la necesidad de la especialización del geógrafo --que, en la antigua concepción, se estaba convirtiendo de hecho en aprendiz de todo y maestro de nada-- y delimitando con la mayor claridad posible el campo concreto, el objeto formal o punto de vista de la geografía, que baja así de su pedestal para convertirse en una ciencia más, con su propia parcela de investigación rigurosamente limitada y con el instrumental --conceptual, metodológico y técnico-- adecuado. La geografía ha pasado así a ser más abstracta, pero también más profunda; menos vagamente generalizadora, pero más precisa y, en definitiva, más universal.³

2. LOS PROBLEMAS DEL ESPACIO

Era necesaria esta presentación de nuestra ciencia para enmarcar correctamente el significado del título de este artículo. Precisamente porque si tuviéramos que buscar una definición breve, unas pocas palabras que caracterizaran a la geografía así entendida, tendríamos forzosamente que recurrir al término "espacio". En efecto, la geografía es la ciencia que estudia manifestaciones espaciales de los hechos físicos y humanos. El espacio --un espacio de dos dimensiones, bien entendido, o sea, la extensión, la superficie-- es el centro de la especulación geográfica, la cual --como ha dicho un geógrafo--⁴ no se interesa por las relaciones sociales, por ejemplo --que serían de la competencia exclusiva del sociólogo, sino por relaciones espaciales entre factores sociales.

De paso, notemos el hecho de que esta limitación de la geografía a lo que constituye indiscutiblemente su campo propio coincide curiosamente con una universal preocupación por los problemas del espacio, como se ha puesto de manifiesto

³ Para estos aspectos, puede consultarse con provecho la obra de J. Beaujeu-Garnier (referencia bibliográfica nº 4), especialmente págs. 10-11 y 12 y ss.

⁴ Fred K. Schaefer, 1971, pág. 17 (referencia bibliográfica nº 19).

sto en muchas y diversas disciplinas — desde la biología hasta la sociología, pasando por la economía —. No es una casualidad. Es una consecuencia de un hecho fundamental que los científicos, y todavía más los políticos, deben afrontar hoy: hemos inaugurado ya la era del mundo finito.⁵ No quedan ya prácticamente tierras por descubrir o adonde trasladarse masivamente. Estamos en un pequeño planeta,⁶ de superficie limitada, que sostiene una población en proceso de crecimiento galopante, población que además no se reparte uniformemente sino que se concentra día a día en áreas urbanas, ya que el sistema económico no es igualmente productivo en cualquier punto de la superficie terrestre, sino que lo es más precisamente en unos cuantos puntos, las ciudades. A mayor abundamiento, se plantea el problema — que ya es grave — de la contaminación por desechos industriales y por residuos de las grandes aglomeraciones humanas, lo que conduce a la ruptura del equilibrio biológico, a la destrucción de muchos ecosistemas de los que el hombre forma parte o de los que forman parte muchas plantas y animales que, en último término, condicionan la subsistencia del hombre.⁷

Ahora podemos plantear correctamente el problema. El espacio —ese enfoque básico de la ciencia geográfica— ha dejado de ser un bien libre, indiferente. Ya no es ese simple recipiente o medio en el que se despliegan las obras del hombre, algo totalmente pasivo o marfo, como en el fondo se le concebía en los tratados tradicionales. Todavía en muchos manuales de divulgación de economía, incluso a nivel universitario, puede leerse que el espacio —como el aire— es un ejemplo de bien no económico, es decir, no escaso, abundante. Todo esto es ya arqueología. El espacio es un elemento que, precisamente por su escasez y por la utilidad que de él puede derivarse, ofrece una resistencia, una fricción en su uso —sea residencial, industrial o de transporte—. No es pasivo, sino activo; ofrece características distintas y, en consecuencia, utilidades diversas a las diversas actividades humanas, que entran así en competencia para su apropiación. Tiene, en definitiva, un precio y aquellas actividades o aquellos grupos sociales que logren derivar una mayor

⁵ Labasse, al comienzo de su obra (referencia nº 12), p. 15, nos recuerda esta oportuna y gráfica expresión del poeta Paul Valéry: "La era del mundo finito comienza".

⁶ Es, justamente, el subtítulo del interesante trabajo de Bárbara Ward y René Dubos (referencia nº 23).

⁷ Sobre el problema de la expansión demográfica puede consultarse de entre la ingente bibliografía existente, a Edouard Bonnefous (r. nº 5). Sobre la contaminación y sus consecuencias, la publicación de la O.C.D.E. (r. nº 16), el conocido "Manifiesto para la supervivencia" (r. nº 9) y la obra de Jürgen Voigt (r. nº 22). Sobre los problemas globales planteados por el crecimiento económico, el demográfico y el agotamiento de los recursos, ver, además de las obras citadas, el informe del M.I.T. para el Club de Roma (r. nº 14) y las publicaciones, entre otras muchas, de Grenon (nº 10), Heilbroner (r. nº 11), Sauvy (r. nº 18) y la aportación a la conferencia de Estocolmo de la organización "Friends of the Earth" (r. nº 1), además de la ya citada de B. Ward y R. Dubos (r. nº 23). Un resumen de las posiciones en torno a este problema puede verse en el interesante y reciente libro de Tamames (r. nº 20), en el que se incluye amplia bibliografía.

utilidad del uso del espacio podrán pagar por él precios superiores. En una economía del beneficio y del éxito, existe por tanto una apropiación social del espacio, exactamente igual que en cualquier otro bien.⁸

Partiendo de estas premisas, resulta claro que no existen unas leyes abstractas de utilización del espacio; sino especificación, al nivel del espacio, de las leyes que rigen la totalidad de la estructura social. Dicho de otro modo, es la misma estructura de la sociedad la que determina las tendencias y formas de la apropiación y uso del espacio, del mismo modo que determina las formas de uso de otros bienes y servicios. Pero la sociedad no presenta una estructura única, monolítica e indiferenciada, sino que consta de tres sistemas o subsistemas dentro del sistema general, para adoptar la terminología de los ecólogos humanos norteamericanos.⁹ Estos tres sistemas, íntimamente ligados entre sí, pero con capacidad para moverse autónomamente, son el económico, el político-institucional y el ideológico. Cada uno de ellos se compone, a su vez, de varios elementos (por ejemplo, podemos aceptar que el sistema económico consta de producción, consumo, intercambio y gestión). Pues bien, estudiar la forma en que la estructura social determina el espacio equivale a estudiar la forma en que lo utilizan cada uno de los elementos de los tres sistemas, teniendo en cuenta que interactúan recíprocamente limitando cada uno de ellos la acción de los demás. A esto se añaden lo que podríamos llamar formas petrificadas de la historia, aquellas heredadas de una estructura social ya desaparecida, en la que cumplían una función que ha cesado con la jubilación de aquella estructura social. Un caso particularmente interesante de esto lo constituyen los centros urbanos de la mayor parte de ciudades europeas, centros heredados de Roma, de la Edad Media o de la época mercantilista del capitalismo y que, al constituir un patrimonio artístico-cultural, se convierten en espacios socialmente valorizados (aquí vemos ya una influencia de las formas históricas en el sistema ideológico de la estructura social). Esto no ocurre, en cambio, en las ciudades de Estados Unidos, nacidas ya en una estructura social capitalista moderna. Algo parecido puede decirse de las parcelaciones agrarias en Europa y América.

Así pues, los tres sistemas que conforman la sociedad actúan en el espacio interaccionándose y modificándose entre sí y, además, chocando con la fricción, con la resistencia que ofrecen las formas históricamente constituídas. Es indispensable tener en cuenta todas estas influencias para estudiar el uso del espacio, lo que hace particularmente difícil cualquier investigación, pero no teóricamente imposible.

Sentadas estas bases generales, esta metodología como marco conceptual y

⁸ Sobre la mercantilización del espacio en las sociedades capitalistas avanzadas son muy interesantes y sugestivas las reflexiones que a nivel teórico hace Lefebvre (r. n^o 13), especialmente en pp. 159 y ss.

⁹ El presente "modelo" general de análisis adoptado para la explicación de los mecanismos de ocupación del espacio es obra del sociólogo Manuel Castells, quien lo ha expuesto, fundamentándolo en una teoría de la sociedad, en "La question urbaine" (r. n^o 6), pp. 165-169 y, en general, todo el Capítulo 2 de la Parte III.

teórico, podemos ya atacar el tema concreto que da título a este trabajo. Ahora bien, no pretendo relatar las minucias, matices y complejidades que se presentan en el curso de esta investigación — como de cualquier otra — ni mucho menos conclusiones definitivas y completas. Quiero sólo presentar los rasgos generales que el espacio — concebido como un bien que la sociedad utiliza, en el más amplio sentido que la expresión pueda revestir — presenta en Mallorca. Algunas de las observaciones que voy a hacer son hechos comprobados; otras, meras hipótesis. En cualquier caso, se trata de una vía, de un camino abierto, sujeto a la rectificación, a la comprobación y al análisis.¹⁰

3. LOS MECANISMOS DE PRODUCCION DEL ESPACIO EN MALLORCA

3.1. *El sistema económico*

He indicado antes que estudiar la especificación de las leyes de la estructura social general en el espacio equivalía a estudiar cómo lo utilizan los elementos de los tres sistemas que integran esa estructura general de la sociedad. Veamos, pues, ante todo el sistema económico, sistema determinante en una sociedad capitalista más o menos avanzada. He señalado igualmente que este sistema presenta unos elementos: la producción, el consumo, el intercambio y la gestión. ¿Cómo manipulan el espacio mallorquín cada uno de ellos?

El primer hecho que llama la atención es la complejidad del elemento producción. En efecto, en Mallorca presenta tres aspectos básicos: producción agraria, producción industrial y producción de espacio para el ocio — turismo —. Ahora bien, la producción agraria — utilizadora de grandes espacios en todo el mundo — conoce en Mallorca una especial situación. Como es bien sabido, a consecuencia del impacto del turismo y de los altos salarios y otros atractivos por él ofrecidos, al mismo tiempo que como resultado de una deficiente estructura heredada de otras épocas, la agricultura ha ido siendo abandonada, la población ha emigrado a otros sectores y, en consecuencia, el espacio agrícola se ha ido vaciando, es decir, haciéndose no agrario, aunque subsistan los elementos visibles en el paisaje correspondientes a su primitiva función. Esta situación de abandono progresivo se da sobre todo en la Sierra de Tramuntana, desde Andratx a Pollença, convertida así en un área que ya no es agrícola, pero que conserva las formas

¹⁰ En efecto, como se ha indicado al principio, las afirmaciones siguientes constituyen un trabajo personal del autor dentro del marco teórico formulado. Las conclusiones definitivas y su extensión a todos los aspectos de la organización espacial en relación con el sistema urbano de la isla están siendo elaboradas como tesis doctoral. El presente texto es simplemente un avance del enfoque adoptado más que otra cosa, por lo que no se citan fuentes ni se presentan los documentos estadísticos probatorios, que exigirían un planteamiento más amplio y una extensión mucho mayor.

petrificadas de esa etapa anterior —bancales, carboneras, caminos rurales, posesiones—. Agrícolamente, es un espacio marginal. Precisamente por eso, y por su relativa extensión y despoblamiento, está ya siendo utilizada para funciones distintas. En primer lugar, para el ocio de los ciudadanos, como se revela tanto en las ‘parcelaciones’ y ‘urbanizaciones’ como en la compra o alquiler de antiguas posesiones rurales por gentes procedentes de la ciudad para dedicarlas a viviendas secundarias. En segundo lugar, para la provisión de agua a los núcleos urbanos, mediante los embalses del Gorg Blau y del Pla de Cúber.

Evidentemente, la situación no es la misma en el resto de la isla, donde es más difícil diagnosticar porque los estudios científicos de estructura agraria no están sino en sus comienzos. De todos modos, es claro el retroceso en la inmensa mayoría de municipios de la población activa agraria y, lo que es más importante, este retroceso afecta a los más jóvenes, con lo que la población dedicada a las funciones primarias es cada vez más una población envejecida y de sustitución problemática. Por lo tanto, también en parte del Pla central y desde luego en las Sierras de Levante el espacio agrícola retrocede. Los pueblos dejan en consecuencia de ser núcleos rurales para convertirse en residencia de una población que trabaja en otros lugares y en otros sectores económicos.

Los únicos espacios que, apenas sin reservas, siguen siendo —o incluso más que antes en algunas ocasiones— plenamente agrarios son aquellos que, por una puesta a punto de los sistemas de riego y por una reestructuración técnica y económica, ofrecen productos de alto valor que la elevación del nivel de vida general y la concentración urbana exigen cada vez con mayor fuerza —productos lácteos, hortalizas, frutales—. Ejemplos de este tipo serían las huertas de Sa Pobla y Palma, una parte del municipio de Campos y algunos enclaves aislados de la Sierra de Tramuntana, como Sóller.

La producción industrial, por su parte, es muy débil en Mallorca. No olvidemos que esto en gran medida obedece a la absoluta preponderancia del turismo y a las mayores oportunidades que ha ofrecido para los negocios. De todos modos, la industria se halla concentrada en algunos núcleos —especialmente, Manacor, Lluçmajor y el área de influencia de Inca, aparte de Palma, que es un núcleo complejo—. Algunos espacios quedan así definidos como “industriales”.

Es el tercer tipo de producción, el turismo, quien ha llevado la iniciativa, impuesto el ritmo y reestructurado en su beneficio toda la economía insular.¹¹ En consecuencia, también la organización del espacio es producto de su intervención. Ya hemos visto cómo ha contribuido al cambio de funciones en los espacios agrarios. De un modo más directo, podemos recordar el hecho de que la instalación o el avance de las áreas turísticas contribuye a revalorizar el suelo, incluso de su entorno, donde se crea un valor de expectativa que supera el valor agrario y que contribuye decisivamente a que el campesino abandone la agricultura y especule con el futuro uso de ese espacio. Lo mismo podemos decir de su influencia

¹¹ Véanse, por ejemplo, las publicaciones de Barceló (r. n^o 2 y n^o 3).

respecto a la industria, ya que ésta ha desarrollado sobre todo las ramas inducidas por el turismo —por ejemplo, construcción y carpintería metálica—.

Lo que resulta es claro. El espacio en nuestra isla está organizado básicamente en función de su explotación como bien económico para el ocio de las poblaciones industriales de Europa. No es de extrañar, en consecuencia, que los municipios litorales —aquellos en que se dan masivamente las condiciones naturales preferidas para su explotación— tengan un peso aplastante en cuantas variables económicas o demográficas queramos considerar. A título de ejemplo, señalaré que el conjunto de esos 24 municipios costeros —de los 52 existentes en total—, representando el 68 0/0 de la extensión superficial de la isla, concentran, en 1970, el 80 0/0 de la población, el 85 0/0 de todos los establecimientos comerciales y de servicios, más del 99 0/0 de la capacidad hotelera y el 96 0/0 del crecimiento de la población total entre 1955 y 1970.

Insisto, pues, en la organización total del espacio insular en función del espacio utilizado por la industria del ocio. Este hecho tiene, además, una peculiar consecuencia que no puede ser omitida. Tanto geógrafos como sociólogos han señalado la circunstancia de que la industria, al utilizar el espacio, lo arrasa, lo racionaliza en función de sus necesidades técnicas y económicas —es decir, en función de la racionalidad del mayor beneficio con el mínimo costo—. ¹² El espacio resultante es un espacio fragmentado y dividido por los grandes ejes de circulación, las vías de acceso y los cruces a varios niveles que la moderna industria precisa; un espacio en el que los transportes motorizados, el ruido, el humo, los depósitos y los solares utilizados como tales o como vertederos industriales, ahuyentan la vida, la animación. Esos espacios sólo se utilizan como lugares de paso obligado o para la función puramente productiva. ¹³ Análogamente, la producción de espacio para el ocio tiende a crear monstruos disfuncionales allí donde persigue la máxima funcionalidad. ¹⁴ La lógica del lucro y del máximo beneficio conduce a la especulación del suelo, lo que al encarecer su precio obliga a aprovecharlo intensamente mediante la construcción en altura. Surge así el famoso muro de cemento de tantas costas, con edificios colosales, unos junto a otros, con calles a menudo más estrechas que las de la ciudad de la que se huye. De nada sirven aquí los lamentos humanistas sobre la naturaleza perdida o el paisaje degradado. Esto no es sino consecuencia de un mecanismo básico, el de la producción económica.

Evidentemente, tanto el elemento consumo como el elemento intercambio no hacen sino seguir la localización del preponderante elemento producción. El consumo de espacio en forma de vivienda se localiza en las mismas áreas

¹² Por ejemplo, Lefebvre (r. nº 13) en p. 100; y Castells (r. nº 6) en pp. 26 y ss.

¹³ Ver una magnífica y apasionada descripción del fenómeno, desde el punto de vista del usuario, en la obra de la polémica Jane Jacobs (r. nº 11-bis).

¹⁴ Consúltase, por ejemplo, el capítulo 7 ("Urbanismo del ocio") de la obra de Gaviria (r. nº 8), único análisis que el autor conoce de diversas realidades urbanas españolas en relación con el ocio a nivel de sociología científica.

productoras, bien de ocio —costa sur y oriental de la isla y municipios de Pollença, Alcudia y Sóller—, bien de manufacturas u otros productos industriales —eje Palma-Alcudia—. Es, simplemente, la consecuencia del hecho de sentido común de que la población ha seguido, para instalarse, la localización de los factores de producción. En cuanto al consumo de espacio para ocio, la población residente en la isla utiliza fundamentalmente el mismo espacio empleado por la industria turística para el ocio de los forasteros, ya que esos lugares disponen de una infraestructura más adecuada —bares, restaurantes y servicios en general, lugares de diversión, medios de transporte que los unen a los núcleos urbanos—. Esto es especialmente cierto para las capas más pobres, que dependen de los sistemas de transporte colectivo.

El elemento intercambio se articula al espacio en forma de redes de comunicación y transporte. Constituye un elemento de por sí complejo para un análisis exhaustivo, ya que incluye transferencias realizadas en el seno de la producción, en el seno del consumo, en el seno de la gestión, y entre los tres. Es imposible intentar aquí siquiera un esbozo de esta complicada maquinaria. Un simple vistazo a un mapa de intensidades de tráfico de Mallorca revela cómo éste sigue estrechamente la localización de la población y del espacio turístico, destacando con un peso aplastante la ciudad de Palma y su entorno, como corresponde a su peso específico en la economía y la demografía insulares —recordemos que concentra más del 50 % de toda la población mallorquina—.

El cuarto elemento —la gestión— tiene como misión coordinar las actuaciones de los otros elementos en el interior del sistema económico, a fin de que éste funcione. Esta gestión se traduce por la organización de una burocracia y suele concretarse sobre todo en “planes de urbanismo”. Bien entendido que su misión es asegurar el funcionamiento del sistema económico, no transformarlo. A nivel espacial, eso está claro en Mallorca, donde ha sido posible la degradación del paisaje a que antes me he referido. La gestión hasta ahora los ha tolerado, cuando menos. Y si ahora empieza a intervenir para frenar este hecho es en función de una mayor rentabilidad y de la necesidad de consolidar y mejorar lo construido, para que el conjunto del sistema se mantenga y no se vea amenazado por determinadas actuaciones individuales.

3.2. Los sistemas político e ideológico

Otros dos sistemas, además del económico, terminan de perfilar la realidad espacial. Desgraciadamente, los estudios realizados —tanto a nivel general como a nivel monográfico— sobre el sistema económico son mucho más abundantes y completos que lo que tratan de la articulación al espacio de los sistemas político e ideológico, que apenas si son en estos momentos otra cosa que campos prometedores para investigaciones futuras. Me limitaré pues a señalar uno o dos aspectos de cada uno de ellos en su aplicación a nuestra isla.

El sistema político-institucional tiene fundamentalmente una expresión espacial: la división administrativa del espacio. En este terreno creo que la observación más adecuada que cabe hacer es que la división municipal de Mallorca es arcaica —y no soy el primero en señalarlo—. ¹⁵ En primer lugar, es absurdo el elevado número de municipios —cincuenta y dos— que se reparten un territorio tan pequeño. En segundo lugar, las desproporciones entre ellos, en población y en extensión superficial, son gigantescas. Esto conduce inevitablemente a que muchos de ellos no tengan ni la base demográfica ni el presupuesto suficiente para realizar ningún tipo de política, que no sea la de la mera supervivencia. Y en cuarto lugar —y creo que lo más importante— una isla como Mallorca —que es la séptima parte de Sicilia o de Cerdeña y menos de la mitad de Córcega—, con una elevada densidad media de población —aproximadamente el doble de la media española— y con una movilidad grande de la misma debido a la gran actividad económica, al elevado nivel medio de la vida y al uso masivo del automóvil tanto como a las reducidas distancias; una isla así, repito, constituye de hecho una microrregión metropolitana, es decir, una área urbanizada en conjunto, con flujos constantes y altos entre sus núcleos y con modos de vida “urbanos” incluso entre la escasa población agraria. Los problemas de un área así —y, sobre todo, el uso que de su espacio vaya a hacerse— deben ser afrontados en bloque, por un organismo supramunicipal con jurisdicción insular, lo que no quiere decir en absoluto que en él no estén presentes los intereses de las distintas poblaciones.

El sistema ideológico, por su parte, marca el espacio con símbolos o redes de símbolos de acuerdo con las diversas ideologías —dominantes o no— presentes en la sociedad. Se produce así una valoración ideológica del espacio, de acuerdo con la jerarquía de valores que la sociedad, o un grupo social dominante, adopte. Dicho de otro modo: existe una valoración social del espacio. Por ejemplo: el barrio de la Catedral de Palma es socialmente valorado, a pesar de que no es probablemente el más cómodo, en función de sus símbolos monumentales e históricos. En esta línea, ocurre que determinados espacios —que pueden presentar ventajas objetivas, pero pueden ser exactamente iguales que otros— conocen una supervaloración, en función por ejemplo del status de los habitantes residentes, o de la moda. Se tenderá entonces a una ocupación de esos espacios en términos de prestigio social. Es decir, los grupos con mayor poder adquisitivo se localizarán en esos espacios, de precio elevado como consecuencia de esa misma valoración. Un ejemplo de este tipo lo constituiría, en Palma, el barrio de Son Vida.

Así pues, el sistema ideológico interfiere en el elemento consumo del sistema económico, induciendo determinadas localizaciones o determinados consumos de espacio. En Mallorca esta tendencia es clara en los últimos años. Así como la población se apresura a huir de las molestas vecindades industriales, igualmente lo hace de los espacios masivamente dedicados al ocio. De este modo, las clases que

¹⁵ Véase Josep Meliá (r. nº 15).

pueden tienden a consumir espacios privilegiados —socialmente valorizados por su aislamiento, por su silencio, por la construcción extensiva que aleja las viviendas unas de otras, etc.— y esto es así tanto para el espacio residencial, como para el de ocio, como lo demuestra la proliferación de “urbanizaciones” de calidad, a menudo situadas en el interior, precisamente alejándose de las aglomeraciones litorales.

El problema planteado entonces es la inexistencia de espacios para el ocio colectivo. Creo que en este sentido es inevitable, por utópico que pueda parecer, la conversión de buena parte de la Sierra de Tramuntana en parque natural. De lo contrario, una población cada vez mayor se verá obligada a disponer de un espacio que ya está medio devastado, sin tener por otra parte medios para adquirir su propia parcela o ni siquiera para trasladarse dada la deficiencia de los transportes colectivos— a espacios menos congestionados.¹⁶

4. CONCLUSION PROVISIONAL

En definitiva, aun a grandes rasgos y con caracter puramente aproximativo, hemos visto cómo, al intentar desvelar los mecanismos de utilización del espacio, comprobamos la complejidad de los factores determinantes y cómo debemos recurrir a un conjunto de causas que se interrelacionan y se interfieren. El componente turístico del elemento producción ha organizado la generalidad del espacio insular, obligando a plegarse en sus localizaciones a los demás elementos —consumo, intercambio...— o determinando, como reacción, ciertas localizaciones en el sistema ideológico. Por su parte, el sistema político-institucional, a nivel espacial, se expresa, en lo que tiene de más significativo, por una división administrativa que no se corresponde con la actual situación económica y humana. Constituye, pues, un caso —invisible, pero presente— de forma petrificada, en gran parte vacía de la función para la que fue creada. Es, en consecuencia, una de esas fuerzas de inercia que friccionan con las tendencias de los demás agentes sociales, modificando su actuación.

Creo que por esta vía —y por otras paralelas— la investigación geográfica podrá, no ya describir, sino explicar la producción del espacio y las formas espaciales resultantes, contribuyendo tanto a un mayor y más científico conocimiento de las realidades de nuestra isla como a conectar esas realidades con la problemática y la metodología de la ciencia contemporánea.

¹⁶ He planteado ya esta cuestión en otro lugar (r. n^o 17). El número citado de la revista “Cuadernos de Arquitectura” está dedicado a los problemas planteados en España — en general y en algunas regiones— por los parques naturales. Gaviria ha planteado también la necesidad urgente de parques nacionales, regionales y comarcales (ver el capítulo 4 de la obra ya citada, r. n^o 8).

5. BIBLIOGRAFIA

1. «AMIGOS DE LA TIERRA» Y ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS: «*La conferencia de Estocolmo: sólo una Tierra*», Ed. Vicens-Vives, Barcelona, 1972.
2. BARCELÓ PONS, BARTOLOMÉ: «*Palma de Mallorca, capital insular*», Boletín de la C. O. C. I. N. de Palma de Mallorca, n.º 699, Octubre-Diciembre 1970.
3. BARCELÓ PONS, BARTOLOMÉ: «*Aspectos geográficos de Mallorca*», en «*Historia de Mallorca*» coordinada por J. Mascaró Pasariu, Palma de Mallorca, 1973.
4. BEAUJEU-GARNIER, JACQUELINE: «*La géographie: méthodes et perspectives*». Ed. Masson, Paris, 1971.
5. BONNEFOUS, EDOUARD: «*El mundo superpoblado*», Ed. Labor, Barcelona, 1973.
6. CASTELLS, MANUEL: «*La question urbaine*», Ed. François Maspero, Paris, 1972.
7. CLAVAI, PAUL: «*Evolución de la Geografía Humana*», Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1974.
8. GAVIRIA, MARIO: «*Campo, urbe y espacio del ocio*», Ed. Siglo XXI, Madrid, 1971.
9. GOLDSMITH y otros: «*Manifiesto para la supervivencia*», Alianza Editorial, Madrid, 1971.
10. GRENON, MICHEL: «*La crisis mundial de la energía*», Alianza Editorial, Madrid, 1974.
11. HEILBRONER, ROBERT: «*Entre capitalismo y socialismo*», Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- 11-bis. JACOBS, JANE: «*Muerte y vida de las grandes ciudades*», Ed. Península, Barcelona, 2.ª edición, 1972.
12. LABASSE, JEAN: «*L'organisation de l'espace*», Ed. Hermann, Paris, 1966. (Hay una reciente traducción al castellano publicada en 1973 por el Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid).
13. LEFEBVRE, HENRI: «*La revolución urbana*», Alianza Editorial, Madrid, 1972.
14. MEADOWS, DONELLA y otros: «*Los límites al crecimiento*», F. C. E., México, 1972.
15. MELJÁ, JOSEP: «*Hacia una ciudad región*», Diario de Mallorca (13, Junio, 1972).
16. O. C. D. E.: «*Problemas de economía del medio ambiente*», Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1973.
17. QUINTANA, ALBERTO: «*Problemática de los parques naturales en la isla de Mallorca*», «*Cuadernos de Arquitectura y Urbanismo*», n.º 99, Barcelona, 1973.
18. SAUVY, ALFRED: «*¿Crecimiento cero?*», Ed. Dopesa, Barcelona, 1973.
19. SCHAEFER, FRED K.: «*Excepcionalismo en Geografía*», Publicaciones del Departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona, 1971.
20. TAMAMES, RAMÓN: «*La polémica sobre los límites al crecimiento*», Alianza Editorial, Madrid, 1974.
21. VILÁ VALENTÍ, JUAN: «*¿Una nueva Geografía?*», «*Revista de Geografía*», Universidad de Barcelona, Vol. V (1971) y VII (1973).
22. VOIGT, JÜRGEN: «*La destrucción del equilibrio biológico*», Alianza Editorial, Madrid, 1971.
23. WARD, BÁRBARA Y RENÉ DUBOS: «*Una sola tierra. El cuidado y conservación de un pequeño planeta*», F.C.E., México, 1972.